

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 34 trimestre en la administración.—En el extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 22 DE FEBRERO DE 1866.

Según habíamos anunciado, defendió ayer el Sr. Nocedal la enmienda de la minoría antiliberal del Congreso al proyecto de contestación al discurso de la Corona.

Cada discurso de este señor diputado es un acontecimiento político, y un verdadero motivo de júbilo y noble enorgullecimiento para el país. Amigos y adversarios acuden a oír la elocuente voz del antiguo diputado por Toledo, y hoy diputado por Navarra: le aplauden aquellos, le censuran estos, pero le escuchan con asombro todos.

Todos, en efecto, reconocen en él facultades poderosísimas, cualidades eminentes. Sobresale entre ellas un valor á toda prueba, que le permite decir muy alto lo que todos callan ó sólo se atreven á insinuar en el seno de la amistad y de la confianza. Dice lo que todos sienten, y lo que, sin embargo, nadie más que él se atreve á decir; pero además lo expresa con tal claridad de estilo y de pensamiento, que nadie puede poner en duda cuál es su idea, nadie deja de comprenderla.

Y no sólo es valeroso y claro, sino enérgico; pues no se da nunca por satisfecho hasta que escuente la expresión más propia, sin curarse de que sea muchas veces la más dura.

Todas estas cualidades, como se comprende fácilmente, están revelando desde luego un gran carácter, un verdadero hombre de gobierno, un hombre de Estado; pero además, y en esto, repetimos, que no hablamos por nuestra propia cuenta, sino que reproducimos los juicios de sus adversarios, además es un orador de talento penetrante, de facilidad y pureza en la dición, de imaginación vivísima y de una seriedad á todas luces maravillosa.

Con estas dotes se ha hecho temible, principalmente en las réplicas, interrupciones y accidentes casuales é imprevistos de la discusión, como confiesa hoy mismo *El Diario Español*. Y tan cierto es esto, que se nota ya una especie de convenio tácito en sus adversarios de la actual mayoría, para no replicarle, ni interrumpirle, ni excitarse de modo alguno, á fin de ahogar su potísima elocuencia en la máquina neumática de un estudiado aunque mal aprendido silencio.

Mal aprendido, sí; porque á pesar de esta especie de intuitiva resolución, ó involuntario acuerdo, la voz del diputado navarro llega á remover á los ministros en su banco, y á los ministeriales alrededor del banco de los ministros.

Ayer el Sr. Nocedal estaba visiblemente enfermo: el día anterior había venido al Congreso después de dos días de cama: de la cama salió para pronunciar el discurso, y al hecho volvió después de terminado. Su voz era débil, ronca y en ciertos momentos apenas perceptible, por la afeción que el orador católico padece en la garganta; y sin embargo, estuvo hablando tres horas y media seguidas, hablando toda una sesión, sin más descanso que diez minutos que pidió al presidente y le fueron al punto concedidos. Esta circunstancia fué parte para que su voz no resonara ayer con aquella sonoridad y aquel eco vibrador que otras veces penetra en los corazones; pero ¡qué valor moral no daba á su acento la consideración del sacrificio que en aras del deber estaba consumando el diputado católico, que acabó por no tener ya garganta para añadir una frase más á su discurso! ¡qué realce no daba á su carácter de hierro aquella voluntad inquebrantable luchando contra las dolencias físicas, aquel espíritu indomable dominando á la materia, mientras de la materia necesitaba para cumplir la obligación que la conciencia le había impuesto!

Pidan á Dios nuestros lectores que conserve la vida y la salud del Sr. Nocedal, pues en ocasiones dadas, en ocasiones que se van venir, y no muy lejos, ese gran carácter y ese gran entendimiento puestos, como hoy están, al servicio de principios inmensamente mayores, que su carácter y su talento, pueden imprimir quizás el sello de una época de completa restauración del carácter y del genio español, hoy sepultados bajo la losa del liberalismo.

Por hoy no decimos más. Tenemos que insertar, tomado del *Diario de las Sesiones*, el magnífico discurso del elocuente diputado por Navarra, y quizás nos falta espacio hasta para estampar estos renglones.

Dice así:

DISCURSO DEL SR. NOCEDAL.

El Sr. NOCEDAL: Señores diputados: Dos días acabo de pasar enfermo en cama; y he salido ayer para votar la enmienda del Sr. Moyano; á ella volví inmediatamente que terminó la sesión; de ella saigo en este instante para venir

á ocupar este puesto de honor. Creo que con esto he dicho lo suficiente para recomendarle más y más á vuestra indulgencia, que siempre necesito.

No espereis en este día y con esta ocasión un discurso ordenado, de proporciones extensas. Mi enmienda comprende muchos y variados objetos; me será imposible recorrerlos todos; habré de pasar precipitadamente por algunos de ellos y de omitir otros. Sólo trataré extensamente una cuestión: la que hoy preocupa más mi ánimo y el de todos mis amigos; aquella que, ciertamente se puede asegurar sin temor de equivocarse, más preocupa el ánimo de todos los españoles por excelencia católicos.

Yo me contentaré en el día de hoy con desplegar al viento nuestra bandera católica y española. Después, cuando se presenten en concreto los diversos asuntos que la enmienda comprende, mis dignos compañeros vendrán en mi ayuda y sostendrán, cada uno en su ocasión, los diversos temas que constituyen esta nuestra bandera, este conjunto de doctrinas agrupadas en la enmienda que hoy presentamos. Así, por ejemplo, mi amigo el Sr. Navarro Villoslada podrá continuar aquí cuando llegue el momento oportuno, que momento llegará, aquella magnífica tarea que ha hecho su nombre conocido y justamente aplaudido de toda España en sus famosos artículos sobre instrucción pública titulados *Libros de texto y textos vivos*. Así mi amigo el Sr. Tejada podrá en ocasión oportuna, que ocasión también vendrá, tratar profundamente las cuestiones sociales y las cuestiones del orden civil, en su relación con las cuestiones del orden religioso. Así también mi querido amigo y compañero el Sr. Herreros, con su talento práctico, con su costumbre de estudiar y de entender los asuntos de administración, tratará fundamentalmente los presupuestos, objeto preferente á que deben dedicar sus estudios y sus tareas los diputados de la nación.

El Sr. Cláres me ayudará en esta misma discusión y en la cuestión de incompatibilidades; y todos juntos, y todos á una, haciéndonos eco del pensamiento que anima á España, prescindiendo de los diversos partidos que se agitan en este recinto, y sólo en este recinto, llevando siempre delante desplegada al viento la bandera de que antes hablé, católica y española, lograremos, si aquí pocos, hacer entender á los que acaparan y manipulan la política, que el país todo entero está detrás de nosotros, sin hacer caso de la división de partidos que juegan aquí al juego prohibido de las instituciones.

Al empezar mi discurso, señores diputados, tengo que haceros una advertencia, que siempre hago. No os mis ánimo injuriar á nadie que se sienta en estos bancos ni á los que se crean aliados por mi aunque en estos bancos no se sienten; ni es esa mi costumbre, ni ese jamás mi propósito. No será extraño sin embargo que á fuerza de venir á esta casa se me haya pagado algo del parlamentarismo; si por ventura aconteciese que de mis labios sale alguna palabra, no ya injuriosa, sino que á injuriosa se parezca, desde ahora, expontáneamente, sin que nadie me lo pida, antes de que nadie me lo advierta, enténdase retirada.

Porque, señores, tenemos tan estragado el paladar, que nos parecemos á aquellos romanos de la decadencia de la República y principios del Imperio, que sólo gustaban de los pescados alimentados con carne humana y con sangre de los siervos arrojados al Tiber. Sólo nos gustan aquellos discursos en que se injuria, se zahiere, se falta á los respetos debidos á la sociedad. Yo protesto que no quiero hacer eso; si alguna vez parece que lo hago, es que se me ha pegado la mala costumbre, á la cual procuraré no ceder.

Y entrando ya en materia, que haré largo es para que me detenga en más largas advertencias por vía de exordio, recordareis, señores diputados, que en el primer párrafo del discurso que el Gobierno pone en los augustos labios de S. M. se felicita de la apertura de las Cortes, porque ha sido en todos tiempos un suceso fausto para la Monarquía española. Recordareis también que nosotros, al contestar á este discurso en la enmienda que he tenido la honra de redactar, decimos reverentemente al Trono: «Fausto acontecimiento para España fué siempre la apertura de las Cortes del reino en aquellos tiempos en que, no divididos sus hijos por estériles banderías políticas, los Estamentos ayudaban al Monarca en la noble tarea de labrar la pública felicidad, puestos el corazón y el entendimiento en el bien común, no en satisfacer rencores y pequeñas é interesadas miras de partido.»

Bien lo sabéis, señores diputados: no es la vez primera que en este sitio lo oís: una cosa es la Constitución, otra el parlamentarismo. Son dos tan distintas cosas, que además de distintas son opuestas: tan opuestas, como que el parlamentarismo tiene derivada por el suelo muerta y hecha pedazos la Constitución de la Monarquía española.

Exige de nosotros la Constitución del Estado, exige de nosotros el juramento que prestamos al tiempo de tomar posesión de habernos bien y fielmente en el encargo que la nación nos encomienda, la más severa imparcialidad, la más completa justicia. Y ¿qué es lo que hacemos? Votar cualquier cosa sin conciencia de lo que votamos, publicar y hacer alarde de que votamos lo contrario de lo que decimos, y dar por razón que así lo quieren nuestros amigos políticos, que así lo mandan exigencias de partido. Casos se han visto ¡imposible parece! la posteridad no ha de creerlo, porque á la posteridad no ha de llegar en España el parlamentarismo por supuesto; casos ha habido de llegar algún diputado con el mayor entusiasmo á firmar una proposición ó enmienda, y decir á las veinticuatro horas: no puedo votarla; me lo impiden las exigencias parlamentarias; se opone el Gabinete; mi partido no lo quiere. ¿Es este el juramento que prestáis, señores diputados? Esto no es la Constitución; esto es el parlamentarismo. Casos se han visto, ó por mejor decir, se ven todos los días, de proclamar unas doctrinas los partidos que apoyan á los hombres que se sientan en el banco azul, y olvidarse de ellas al día siguiente cuando se sientan en el banco encarnado.

Y esto, ¿por qué? Por la sencillísima razón de que aquí se viene única y exclusivamente á adquirir y conservar el poder, no á procurar el triunfo de las doctrinas que uno noble y honradamente sustenta. Hombres hay, yo los conozco, los conozco todos vosotros, son todos los que se confiesan miembros de los diversos par-

tidos políticos militantes, que aseguran que es absolutamente indispensable tomar ciertas medidas cuando se sientan en el banco azul ó constituyen la mayoría de la Cámara, y de ellas se olvidan cuando están sentados aquí donde mis amigos y yo nos sentamos. Hombres hay, por ejemplo, que cuando son Gobierno ó lo son sus amigos, preguntan llenos de entusiasmo, de fe, de convencimiento; pero de este modo, ¿se puede gobernar? ¿Con este sistema permanente de hacer preguntas é interpelaciones, se puede administrar? Y al día siguiente caen por la voluntad de la Reina, y vienen á estos bancos, y comienzan á preguntar y á interpelar de la misma manera que censuraban el día anterior. Y esto no lo hace un partido, lo hacen todos; y esto no lo quiere la Constitución; pero lo exige el parlamentarismo. ¿Todavía, señores diputados, será menester poner de relieve lo que es el parlamentarismo? ¿No renunciareis á él todavía? ¿Todavía no habéis de librar á mi amada patria de semejante pestilencia?

¿Y de qué proviene todo esto? Pues proviene única y exclusivamente del empeño que tenemos en decir, que tenéis, en que desde aquí se ha de administrar y gobernar: depende única y exclusivamente del empeño en que estamos, es decir, en que estais, de que aquí á lo que venimos es á formar y derribar ministerios. ¡Oh, parayardes el tiempo, y estar sentados en el banco azul! ¡Cursos de la manía de venir aquí á entretenernos en formar y derribar ministerios, decía ayer, no yo, sino el señor ministro de Hacienda. ¡Ah, señores ministros! ¡Ah, señores diputados, así los de la mayoría como los de la minoría! Eso que decía ayer en el banco azul el Sr. Alonso Martínez, dadme testimonio de que yo lo dije, y sígo diciendo, no sólo cuando me senté en ese banco, sino desde estos y constantemente.

Es menester que no nos ocupemos en formar y derribar ministerios; es menester que nos curemos de la manía de entretenernos en esto. Es menester que nos persuadamos de que esto no lo quiere la Constitución, que esto sólo se halla basado en las prácticas parlamentarias, que son absolutamente contrarias á la Constitución, absolutamente contrarias á la recta razón y al sentido común. Tengo para mí que no hay ningún sistema de gobierno que sea esencialmente malo: todos tienen algo de bueno, todos tienen algo de malo; son buenos ó malos relativamente, según los hombres para quien se establecen y las circunstancias en que se establecen ó perpetúan.

Pero hay uno que no tiene como los demás algo de bueno y de malo, sino que es esencialmente malo, completamente perverso; que llena á la nación de pequeñeces, de miserias y de agonía: ese es el sistema parlamentario. Mirad la bella prenda de que estais enamorados.

Decimos en la segunda parte del párrafo primero de la enmienda que tengo la honra de sustentar:

«El Congreso de diputados espera que sus juntas, por consecuencia de energías y bien meditadas reformas, que reclama urgentemente la pública opinión, lleguen á ser, en vez de piedra de escándalo, alivio y medicina del común malestar y constante ejemplo de cordura, dignidad, decoro y sabiduría, como en otras edades lo fueron siempre las Cortes de estos reinos.»

Pues bien, señores: ¿de qué reformas se trata principalmente? Se trata para empezar de la reforma, que es más urgente y necesaria, la reforma en los reglamentos de los Cuerpos colegisladores.

«Es cosa singular: cada vez que en diversas legislaturas me he levantado á pedir esto en nombre de la conciencia pública, se me ha contestado por todos los partidos: eso no puede ser. *¡Infame!* ¡tú eres retrógrado! tú eres absolutista vergonzante; y después de haber dicho todas esas imprecaciones, los diversos partidos van poco á poco dándose la razón y pidiendo todas las reformas por las cuales aquí me vituperaron. Así en la legislatura pasada los hombres que se sentaban en el banco azul decían que yo era absolutista vergonzante, porque quería reformar los reglamentos de los Cuerpos colegisladores, y luego convinieron en que era absolutamente indispensable hacer algunas reformas en el reglamento del Congreso. ¿Os será sospechoso, señores diputados, el marques del Duero? Pues acaba de hacer una proposición pidiendo una reforma en el reglamento. ¿Os parecerá sospechoso el señor vizconde del Ponton? Pues nos decía no hace muchos días que era indispensable una reforma, porque se malgastaba y perdía mucho tiempo en la discusión de la contestación al discurso del Trono. ¿Habéis leído el estado que referente á este Cuerpo colegislador y al otro leyó días pasados, y consta en el *Diario de Sesiones* el señor marques del Duero? Pues de él resulta que en cada legislatura se quedan sin discutir diez y seis ó diez y ocho proyectos de ley importantes, algunos de los cuales se reproducen no solamente en la siguiente legislatura, sino en otras dos ó tres, por el tiempo que nos hace perder el reglamento de uno y otro Cuerpo colegislador.

Pues bien: si un día os lo dice allí el señor marques del Duero, y aquí el señor vizconde del Ponton; si otro día veis, como que acaba de pasar entre nosotros, que con arreglo al reglamento se presenta una proposición que viene á entorpecer el debate, sin que el Presidente pueda impedirlo porque el absurdo reglamento que tenemos concede ese derecho á los diputados; cuando de todo esto estais vosotros convencidos, y todos me decís en el salón de conferencias que tengo razón, ¿por qué aquí todos á una voz no venimos á decir que es absolutamente indispensable una reforma profundísima en nuestros abusivos reglamentos? Señores diputados: el Gobierno debe estar en Palacio, y aquí la limitación. Este es el régimen constitucional; hoy por hoy lo que sucede es que el Gobierno está aquí, y la limitación en Palacio.

Pero ¿qué para hacerlo queis que no seamos nosotros los que lo proponemos? Pues decidnoslo. A eso estamos dispuestos. ¿No sabéis que nosotros no venimos aquí para ser ministros? ¿No sabéis que no queremos ser embajadores, ni ministros plenipotenciarios, ni consejeros de Estado, ni siquiera gobernadores de provincia ó directores de los ramos de administración? ¿No sabéis que queremos hacer absolutamente incompatible el cargo de diputado con todo empleo público retribuido por los presupuestos del Estado? ¿Pues qué interés hemos de tener en ganar votación alguna, ni en que este acuerdo recaiga sobre nuestros proyectos?

No por cierto; proponedlo vosotros; hacédo los vosotros; nosotros nos echaremos atrás; decid que es obra vuestra, y no de los pobres *neocatólicos*, que están, según decís, mal vistos en el país; que para nosotros no haya más que la pequeña gloria de votarlo y el grandísimo gusto de aplaudirlo.

Este punto del parlamentarismo, absolutamente contrario al régimen constitucional, daba lugar él por sí sólo á un largo discurso, y no me es posible hacerlo hoy. Ya dije al comenzar que tenía que pasar por encima de algunos para tratarlos todos, y sobre todo, para tratar uno más extensamente que todos los demás. En su día lo podremos tratar más extensamente, cuando examinemos el proyecto de ley sobre incompatibilidades, que allí ajusta perfectamente, como anillo al dedo, el que examinemos extensamente, clara y profundamente el régimen parlamentario. (El Sr. Escosura: Así se hará.) Oigo con gusto decir á mi amigo el Sr. Escosura que así se hará; está bien, aplazados estamos para entonces.

Señores diputados: tanto en esta enmienda que he tenido el honor de proponer á vuestra deliberación y examen, como en un voto particular que tuve el honor de presentar siendo individuo de la comisión haré tres años, decía contestando á los proyectos de ley que se sirve anunciarlos S. M., que el Congreso en uso de su derecho los examinará con respeto y los votará en conciencia. No tengo más que decir ni al Trono ni á su Gobierno responsable, tratándose de derechos que la Constitución nos concede; porque nosotros los retrógrados, nosotros los oscurantistas, nosotros los reaccionarios y absolutistas vergonzantes, ni adúlamos al Trono, ni bajamos la cabeza ante los Gobiernos. Conocemos nuestros derechos, usamos de ellos y contestamos al discurso lo que estamos dispuestos á hacer. Puede el Gobierno pasar en revista todas las cosas que tenga por conveniente: siempre que haya que proponer al Congreso una contestación al discurso de la Corona, nosotros no propondremos que diga sino estas ó semejantes palabras: acerca de todos los proyectos de ley que S. M. anuncia, el Congreso, con arreglo al derecho que la Constitución le concede, los examinará con respeto y los votará como le dicte su conciencia. Y dejándolos por consecuencia todos á un lado, con esta pública contestación que damos nosotros los retrógrados, paso á ocuparme del asunto más importante, más privilegiado, más verdaderamente propio de las Constituciones y de un documento de esta especie, que es el de los presupuestos.

Señores diputados: es absolutamente indispensable, sea lo que quiera lo que ayer votásteis, y sean las que quieran las razones por que lo habéis votado, que os decidáis á hacer grandes, grandísimas economías, si no queréis llevar á la nación española pronto, muy pronto, á una horrible bancarota; es menester que os decidáis á hacer economías sin contemplación de ninguna especie; y para ello os diré que es absolutamente indispensable que os decidáis á empezar por hacellas y muy considerables en el ejército. No, señores, en el material de guerra, ahí no se puede, no se debe hacer economía ninguna, porque la fuerza y el vigor de la defensa nacional están en lo comprendido en el presupuesto del material de guerra. No, en el material de guerra no hay que hacer economía ninguna; donde hay que hacer grandes, grandísimas economías, es en el personal de guerra. No, señores, no, á los cuerpos facultativos; no, señores, no, á la Guardia civil, que aunque institución civil, se halla como sabéis en el presupuesto del ministerio de la Guerra; pero tocado con mano energética á la infantería y á la caballería, dejando solamente los cuadros; el soldado de infantería, el soldado de caballería, se hace soldado en un espacio de dos ó tres meses si están los cuadros preparados convenientemente. Tened los cuadros bien amaestrados y dotados, y estad seguros de que á la hora de una guerra extranjera, en dos ó tres meses, y mucho más en España, embebido en esos cuadros cumplirá perfectamente los deberes que le impone la ordenanza.

Y luego, señores diputados, atrevedos á disminuir el número de las provincias civiles de España; aumentad vuestras circunscripciones; disminuid por consecuencia el número de empleados dotados bien y haciéndolos trabajar; pero disminuyendo considerablemente, como es posible, su número. Resucitad, si es posible, estudio al menos y procurad imitarlo, el proyecto que en otro tiempo formuló, y aun llegó á estampar en la *Gaceta*, el Sr. Escosura. Y sobre todo, si queréis hacer economías efícas, si queréis economías positivas, tan grandes como el país las necesita, decididos de una vez á entrar por el camino de una verdadera descentralización, con lo cual conseguireis además labrar á España de la enfermedad de que hoy adolecen todas las naciones, y las tiene expuestas á morir de un ataque de apoplejía fulminante.

Señores diputados: la centralización excesiva es una cosa hoy muy de moda en Europa, á cuyos pueblos conduce en un plazo más ó menos largo irremisiblemente al cesarismo. Al cesarismo lo conduce en primer lugar la revolución, que como es tiránica, porque no hay nada más tiránico y despótico que la revolución, tiende á nivelarlo y á centralizarlo todo. Al cesarismo lo conducen las leyes y los partidos liberales, porque las leyes y los partidos liberales, por lo que tienen de revolucionarios, que es bastante, que es mucho, son naturalmente despóticos, tiránicos, niveladores, centralizadores, aunque su tiranía no la ejerza una persona, sino un grupo de personas de un partido político que, apoderado de estos bancos, se convierte en despota insubornable que impone su ley si no su capricho, á los demás partidos y al pueblo entero. Al cesarismo lleva hasta el miedo que los pueblos de Europa van cobrando á la revolución y al liberalismo; porque cuando ese miedo existe, los pueblos espontáneamente se entregan á un dictador, á un César, por huir de liberales y revolucionarios; esa es la historia de Napoleón I reproducida en su sobrino Napoleón III, y últimamente, á la dictadura, al cesarismo conducen hasta los adelantamientos de la industria en los tiempos modernos.

Pues bien: en España es menester que cuidemos de huir del cesarismo: primero, por amor á la verdadera libertad; segundo, en las circunstancias especiales que nos rodean, por amor á la patria, por amor á la independencia nacional; y en tercer lugar, por amor á las economías que conseguiremos por medio de la descentraliza-

ción. Tampoco puedo tratar extensamente esta cuestión; bastan estas consideraciones ligerísimas, que sirven en su día para que desarrolladas, oportunas y convenientemente den el resultado apetecido.

Y es menester para que se puedan hacer economías, que no solamente reduzcamos el número de provincias, sino también el número de empleados cuidando de dotarlos bien. ¿Y sabéis cuál es uno de los medios que más directamente han de conducir á que los empleados cumplan con su deber, una vez reducidos al número á que deban quedar y con las dotaciones que en rigor y legítimamente les correspondan con arreglo á las necesidades de la época presente? Pues es, señores diputados, la aprobación del proyecto de ley de incompatibilidades parlamentarias.

Es imposible que tengais buenos empleados; es imposible que cumplan bien los empleados del Gobierno, y se dediquen á eso desde niños con estudios y con amor al trabajo, mientras no sepan que no se puede ascender desde la gaceta de un periódico ó desde los bancos del Congreso á los puestos que ellos les corresponden de derecho. Id á exigir que esos empleados cumplan con su deber y que trabajen cuando á cada paso se vean postergados por mozos incipientes é insipientes que no saben nunca lo que traen entre manos. Id á exigir á un pobre sabalterno, cargado de años, lleno de servicios, rodeado de numerosa familia, id á decirle que trabaje y que espere tener mañana un ascenso, y que vea que al día siguiente un mozo imberbe salido de estos bancos, á los cuales ha venido desde la gaceta de un periódico, le va á quitar el ascenso que con tanta ansia esperaba. Id á ese respetable padre de familia á exigirle que trabaje con amor y entusiasmo.... imposible, señores diputados.

He oído criticar el proyecto de ley de incompatibilidades, diciendo lo siguiente: «¿Cómo el Sr. Nocedal cree que los empleados en España son las únicas personas que carecen de independencia? No cree eso por cierto el Sr. Nocedal. Por el contrario, conozco muchas gentes de dinero, sobre todo, muchos capitalistas y negociantes, indudablemente menos independientes que pobres empleados. Pero no es eso; ya que el Parlamento no está bien, porque es imposible que esté bien mientras haya parlamentarismo, por lo menos que no esté mal la administración; ya que esto sea malo, que las oficinas estén bien; ya que esto esté viciado y corrompido, no vicemos y corrompamos la administración del Estado. Guardemos para nosotros la podredumbre y la gangrena, y dejemos que el Estado se administre bien.... Oigo decir aquí á mi lado, que esto es un poquito duro, y esto me recuerda unos versos de Quevedo, que dicen de esta manera:

«Arrojar la cara importa,
Que el espejo no hay por qué.»

Luego, señores diputados, ¿no os parece justo, no os parece regular y conveniente evitar que se convierta esta casa andando el tiempo (no diré que ya esté convertida, ¡Dios me libre de decirlo!), no os parece conveniente evitar que andando el tiempo se convierta esta casa en casa de contratación de destinos públicos? ¿No os parece propio de nuestro decoro y del amor al sistema constitucional y al parlamentarismo que vosotros amais? ¿No os parece propio de todos esos amores que en vosotros se juntan evitar que esta casa se convierta en casa de contratación de destinos públicos? ¿No va á ser de vosotros, que va á ser de estos Cueros, que va á ser de las instituciones si el país se va acostumbrando á creer que aquí se viene á subir á medrar, á conseguir más pronto algún ascenso; que viniendo á estos bancos consiguientemente, el que lo quiere, meter la cabeza en las oficinas? (El Sr. Escosura: Pido la palabra para varias alusiones.)

Lo que hay es que yo me limito á esta sola reforma, y esa ley de incompatibilidades que es la única que hasta ahora yo he presentado, debe ser inmediatamente seguida de una buena ley de empleados. ¿Y sabéis por qué no he presentado yo en virtud del derecho que me concede la Constitución una ley de empleados que ha de ser compañía inseparable de la ley de incompatibilidades? Pues es porque recuerdo que se nombró una junta ó comisión para que formulara el proyecto de ley, y tengo entendido que esa comisión ha concluido su trabajo; porque me es en cierto modo conocido el trabajo de una parte de esa comisión presidida por el Sr. Bravo Murillo, y de la que es miembro el señor Bertran de Lisi; y porque espero á que el Gobierno, después de examinar ese proyecto, se apresurará á traerlo aquí, porque espero con tranquilidad y con paciencia á que el Gobierno delibere, medite y madure ese pensamiento, y traiga aquí el proyecto de ley. Si veo que pasan días y días y que el Gobierno no lo trae, entonces yo, me parece que unido con todos los amigos que firman esta enmienda, me apresuraré, haciendo uso del derecho que la Constitución me concede, á presentar un proyecto de ley de empleados; pero nosotros no procedemos nunca con precipitación ni prisa; sabemos que el Gobierno trabaja en eso, y esperamos á que el Gobierno traiga un proyecto ó renuncie á traerlo.

Pero todavía no basta esto: es absolutamente indispensable que á la ley de empleados, que con toda urgencia, lo mismo que la de incompatibilidades, reclama la conciencia pública, acompañe una buena ley de ascensos militares, fundada principalmente (noté bien que no digo exclusivamente) en la antigüedad.

Señores diputados: doloroso es decirlo; pero más doloroso es que sea cierto, y con callarlo yo no dejaría de ser público: el ejército español es el único que á estas horas tiene en su seno todavía quien se pronuncie: yo no sé de ejército ninguno de Europa que á estas horas, á la altura en que nos encontramos, dé lugar á pronunciamientos como no sea el ejército de nuestra patria. Es absolutamente indispensable que recurramos con mano poderosa y severa á curar de raíz esta desgracia.

Yo ruego al señor ministro de la Guerra que no crea necesario levantarse á hacer ningún género de declaraciones ni de salvades en honor y en defensa del ejército español; es absolutamente innecesario.

Yo conozco la proverbial honradez de mi patria; yo sé que el ejército español de los honrados padres de familia que pueblan nuestros campos; yo sé perfectamente que los hombres honrados son leales, y sé por consecuencia, sin necesidad de las protestas del señor ministro de la Guer-

atentado (Dios nos libre); supongamos que mañana un ministerio desatentado presenta en los Cuerpos colegisladores un proyecto de matrimonio civil, despreciando el sacramento llamado matrimonio. Esta es una cuestión del Código civil. ¿Pero la votaría el Sr. Bermúdez de Castro? ¿La hubiera votado el Sr. Cánovas? ¿La hubiera votado el Sr. Ríos Rosas? ¿La hubiera votado yo? ¿La hubiera votado ninguno de los señores diputados que estábamos en las Cortes constituyentes y hacíamos gala entonces como ahora de ser católicos antes que políticos y antes que todo? No por cierto; en vano se nos hubiera dicho, cuando hubiéramos alegado razones religiosas, que era esta una cuestión política y no una cuestión religiosa; en vano se nos hubiera dicho que estábamos tratando del Código civil. Nosotros hubiéramos contestado: no seas hipócritas; eso antes que todo es religioso, y por razones religiosas decimos nosotros que el matrimonio es un sacramento y no un contrato civil. Ve por estos ejemplos el señor Bermúdez de Castro la razón con que en el reconocimiento de Italia, después de lo que han dicho el Pontífice y los Prelados de la Iglesia, se nos ha dicho que confundimos lastimosamente la cuestión religiosa con la cuestión política.

Se ha dicho también por el señor ministro de Estado que por qué nos oponemos al reconocimiento de eso que se llama reino de Italia, si el mismo Padre Santo ha dicho que estaba esperando de nosotros ese reconocimiento. El señor ministro de Estado ha padecido una equivocación, y para que no se diga en este caso, como se ha dicho en otro, que se va haciendo memorable, que se alteran las palabras de un ministro de la Corona, veámoslas tales como resultan, no en la *Gaceta*, que luego suele decirse que las de la *Gaceta* y las del *Extracto oficial* no son legítimas, sino en el *Diario de las Sesiones*. Dijo así el señor ministro de Estado: «En un despacho del Sr. Pacheco en que relata la conversación que había tenido con Su Santidad, dice que el Papa esperaba el reconocimiento. Y cuando el Sr. Pacheco añadió que no tenía noticia alguna de este asunto y que en ningún caso sería aquel ministerio el que lo realizara, replicó el Santo Padre: «y si entra O'Donnell lo realizará en seguida». Léase lo que el Sr. Pacheco aseguraba acerca de la opinión de Su Santidad sobre este asunto. No lo recibía con gusto; era muy natural, pero estaba resignado: era una cosa que comprendía, que tenía que ser la consecuencia de una política conveniente para el país; solamente pues han protestado contra el reconocimiento, no el Santo Padre, sino los hombres políticos ó de opiniones más ó menos liberales en este país».

El Padre Santo quería decir el señor ministro de Estado, que así se llama, y no Santo Padre.

Pues bien; yo digo: primero, que el Sr. Pacheco no ha dicho en el despacho á que se refería el señor ministro de Estado, que esperaba como cosa natural el reconocimiento del reino de Italia, sino que lo tenía como una indispensable desgracia; venía al poder el general O'Donnell, ¿es lo mismo esperar como natural una cosa, á temer como indispensable una desgracia? Entonces tiene razón el señor ministro de Estado. El Sr. Pacheco no ha dicho que Su Santidad comprendía que eso fuera menester hacerlo, que fuera una indispensable adoptar una política conveniente al país; no ha dicho eso, y si lo ha dicho, ¿dónde? ¿Qué lo significa? el señor ministro de Estado. No ha dicho semejante cosa el Sr. Pacheco. Lo único que ha dicho el Sr. Pacheco es que Su Santidad tenía que el reconocimiento del reino de Italia se verificase si llegaba al poder el general O'Donnell; y añade el Sr. Pacheco de su propia cuenta: «Yo creo que si nos apresuramos á hacer algo en favor de la Santa Sede, nos habrá de quedar agradecida».

¿Considera el Congreso que por lo que resulta del despacho á que me refiero, cabía suponer que el Padre Santo esperaba como cosa natural el reconocimiento del llamado reino de Italia por la Reina católica de las Españas? No por cierto. ¿Se quiere que el Padre Santo levante su voz, que proteste, que ponga el grito en el cielo cada vez que oye hablar de estas cosas? ¿Por qué no se ha de apreciar en lo que vale su natural bondad, sus santísimas consideraciones y todo cuanto es posible y cabe dentro de su no vulgar y santísima paciencia y mansedumbre? El ha protestado, no una vez, sino ciento: él ha reprochado, no una vez, sino mil, semejantes adiciones. ¿Se quiere que cada vez que vaya un embajador saque la Enciclica y se la lea? Pues eso parece desprenderse del argumento del señor Bermúdez de Castro. A Su Santidad decía el Sr. Pacheco: «Yo creo que mientras continúe gobernando los destinos de mi patria tal ministerio, el reino de Italia no será reconocido». Y Su Santidad contestaba al Sr. Pacheco: «y si sube al poder el general O'Donnell, lo cual creo fácil, posible ó inminente? El Sr. Pacheco añadía: «Yo no supe qué contestar». ¿Es esto decir que espera como natural el reconocimiento del reino de Italia? Lo espera como natural en el general O'Donnell; pero no como natural en otro caso. Hay mucha diferencia de una cosa á otra.

Añadía el Sr. Bermúdez de Castro, son palabras textuales, nótese bien que las tomo del *Diario de Sesiones*: «Solamente los hombres políticos han protestado contra el reconocimiento del reino de Italia». ¿Le parece regular al Congreso que esto se haya afirmado y sostenido por el señor ministro de Estado? Al asentar eso, se olvidó S. S. de todos los Obispos de España; todos han reclamado y protestado contra el reconocimiento del reino de Italia. ¿Por qué, pues, ha dicho el Sr. Bermúdez de Castro en pleno Parlamento que sólo han protestado los hombres políticos? ¿No sabe todo el mundo el diluvio de peticiones que vinieron de todos los ángeles de la Península para que no fuese reconocido ese malhadado reino? ¿No sabe que vinieron las reclamaciones y las protestas de todos los Obispos de España? Pues si esto es así, ¿cómo tiene ánimo y aliento, ó tan poca memoria el Sr. Bermúdez de Castro, para decir que sólo han protestado los hombres políticos? Cabalmente el señor ministro de Estado es este punto hacia, sin querer, la apología y la defensa que no han acudido, y han hecho bien, al Senado, porque si se los hubiera visto sentados en el Senado, uniéndose sus votos á los de los partidos políticos, entonces se hubiera podido decir con apariencia de razón, nada más que con apariencia por supuesto, pero al fin con apariencia, que solamente habían protestado los hombres políticos, pero no han hecho esto los Obispos.

Los señores Obispos donde quiera que estén son Obispos. En el Senado pueden pasar á los ojos poco perspicaces de adocenados políticos, pueden pasar por hombres políticos, unidos en ciertas ideas con un partido; pero en sus diócesis, en su palacio Episcopal, representando ó escribiendo pastorales, allí no son senadores, no son más que Obispos y Prelados; desde allí no opinan, no votan, sino que deciden, ilustran, enseñan: ¡y desgraciado del que no les escucha!

Los señores Obispos que no son senadores no necesitan en este punto ni en ningún de mi defensa; hay más, ninguno de ellos me la ha encomendado por supuesto; pero salta á la vista que yo lo hago espontáneamente, porque resulta de las entrañas mismas del asunto, porque resulta de las palabras propias del señor ministro de Estado. Que sólo han protestado los hombres políticos; eso hubierais querido vos-

otros; han protestado infinidad de ciudadanos de ambos sexos y de todas edades que no ejercen ningún derecho político, en uso del derecho universal de petición; han protestado los Obispos de la Iglesia católica que tienen sus diócesis en España, prescindiendo del carácter de hombres políticos y no viniendo al Senado para que no se les llame hombres políticos.

Esta es la razón á más de otra que no hay que echar tampoco en olvido, y es que mientras en España siga el parlamentarismo, los Obispos, por regla general, no pueden venir á tomar asiento en el Senado, porque en el parlamentarismo está la regla de que venimos aquí á derribar ministerios, y los Obispos no se pueden prestar á venir como instrumentos de los partidos políticos que quieren escalar el poder por medio de las votaciones parlamentarias: quitad el parlamentarismo; dejad la Constitución, y los Obispos vendrán á dar su opinión, no á derribar ministerios; vendrán á sostener la causa santa de la verdad y de la justicia, no á entrar directa ó indirectamente en intrigas para que salgan los moderados ó dejen de salir los de la unión liberal, á lo cual no se pueden prestar los Obispos, sean ó no senadores.

Me dicen que van en Francia: ya lo creo; como vendrían aquí si respetáramos la Constitución y no la olvidáramos por el malhadado parlamentarismo: al Parlamento frances van los Cardenales del Imperio, porque no pueden ser parte en ninguna intriga para poner ni para quitar ministerios, porque en Francia han caído ya del absurdo del parlamentarismo.

Y luego, señores, puesto caso que alguno de los Obispos senadores, pasando por encima de todas estas consideraciones, hubiera querido venir á hacer oír la voz de la razón, de la justicia y del derecho, no podía menos de tropezar no sólo con que su voz podía contribuir á derribar un ministerio y ser parte de una intriga política, legítima para hombres de frac y de levita, para senadores comunes y vulgares, pero no para un senador Prelado de la Iglesia; tropezaba además de esa dificultad con que en aquellos días permanecía en pie una insurrección militar sostenida por dos regimientos de caballería: ¿y queráis que los Obispos hubiesen venido á ponerse frente á frente del principio de autoridad y contribuir á que cayera el ministerio en esas circunstancias? Esta razón habría sido decisiva si alguno hubiera pensado venir á dar su voto y hacer uso de su derecho de senador.

Señores diputados: se ha dicho también que el reconocimiento de Italia no es el reconocimiento del derecho de los malos. ¿Pues de qué es entonces? El reconocimiento de Italia, pese á quin pese, es el reconocimiento de la cosa con todos sus antecedentes y con todas sus consecuencias.

Imagínese el señor ministro de Estado que es uno, aunque no el único, que ha dado esta razón; pero del otro que la ha dado no quiero hacermelo cargo porque no está presente ni se halla en el poder; imagínese el señor ministro de Estado que mañana en los salones de su secretaría da un baile, una de esas recepciones que se usan entre diplomáticos para estrechar los lazos de amistad y de compañerismo de los individuos de la diplomacia, que hace lo que vulgarmente se llama abrir sus salones á la sociedad diplomática y escogida de la corte. Pues imagínese el señor ministro de Estado que el día anterior ha aparecido en la *Gaceta* en la parte destinada á los anuncios oficiales, uno diciendo que á don Fulano de Tal le han sido robadas sus alhajas, que tienen estas y las otras señas, y pone al pie su firma el juez de primera instancia, y que el día en que S. S. abre sus salones se presentan un caballero y una señora adornados ambos con las alhajas que fueron pregonadas en la *Gaceta*, un español honrado se acerca á S. S. y le dice: señor ministro, ¿echa Vd. de sus salones á los que vienen adornados con esas alhajas robadas, ó yo no puedo seguir aquí? Y S. S. le contesta: pues siga Vd. sin escrúpulo porque yo reconozco el hecho, pero no los medios de que se han valido para llevarlo á cabo. Pues este es el argumento de reconocer el reino de Italia, y no reconocer el derecho ni los medios. En el caso de baile todavía cabe el que S. S. contestara al interperle: espere Vd. un momento, voy á averiguar si el que lleva las alhajas es el ladrón ó si las ha comprado de buena fe; pero si averigua que es el ladrón ó que se ha quedado con ellas sabiendo que no son suyas, ¿qué hará con el concurrente al baile?

Pues una cosa análoga es el reconocimiento del reino de Italia, y no tengo más que decir para contestar á este argumento.

Y no es de este día, no es nuevo; á pesar de las fórmulas hipócritas del sufragio universal, los despojos que se han hecho de las provincias de Italia para agregarlas á esa cuyo Rey ahora lleva el nombre de Rey de Italia, sean las que quieran las formas de que se han valido, no son ni más ni menos que una serie de actos de vandalismo y de piratería que ha sufrido la Europa con su consentimiento, y que algún día serán causa de que recaiga el justo y condigno castigo sobre esta Europa, cuyos Gobiernos abyectos están postrados como la mayor parte de la sociedad moderna ante el becerro de oro. Los Gobiernos de Europa que han consentido semejante despojo son Gobiernos abyectos.

El Sr. PRESIDENTE: V. S. ha visto la latitud que le ha consentido, la tolerancia, la bondad con que el Presidente ha procedido durante la peroración de V. S.; no he querido recordarle á V. S. en una, ni en dos, ni en tres ocasiones la necesidad de que renunciase á ciertas calificaciones, á ciertas aserciones que afectaban á todos los altos poderes del Estado, desde el primero hasta los que están inmediatamente inferiores á él.

Ha podido reparar V. S., y lo ha reparado en efecto el Congreso, que atento al discurso de su señoría como lo estaba el Presidente, más de una vez ha dado muestras de su desagrado por las manifestaciones á que he aludido.

Pero ahora debo advertir á V. S. que en este momento ha hecho V. S. y lo ha repetido una calificación respecto de los Gobiernos de Europa, esto es, respecto de los Gobiernos amigos y aliados de la Reina de España, que tienen derecho al respeto de la nación española, al respeto del Gobierno español, y al respeto de los altos poderes del Estado de España, con la cual no pueden ser tratados aquellos Gobiernos, y la cual, para no darle otro nombre, constituye una expresión mal sonante.

Por consiguiente ruego á V. S. de cuya moderación é ilustración espero que escuche mis observaciones, que haga en este caso lo que le dicten su patriotismo y su prudencia. (Bien, bien.)

El Sr. NOCEDAL: El señor presidente de la Cámara, cuya posición oficial es tan elevada, se ha creído obligado á reclamar la satisfacción á que legalmente son acreedores los Gobiernos extranjeros. Yo, sobre quien no pesa más responsabilidad que la de simple diputado, me abstendré de repetir las apreciaciones que acabo de hacer y que creo justas.

El Sr. PRESIDENTE: ¿Ha concluido V. S.?

El Sr. NOCEDAL: No, he concluido. Considero la propia posición, considerada la situación del Congreso español en presencia de Europa, ¿creo S. S. que no está en el caso de decir algo más? Lo dejo al juicio de V. S. Por ahora sentiré mucho que no haga V. S. justicia al presidente antes y en el momento actual.

El Sr. NOCEDAL: Ignoro qué palabras tengo que rectificar.

El Sr. PRESIDENTE: Cuando V. S. ha dicho

hace un momento que no quería repetirlas y ha hecho muy bien en ello, naturalmente conoce V. S. las palabras. ¿Y he de decirles yo, cuando V. S. no las dice? ¿Ha de tener el presidente, sentado en este sitial, menos circunspección y reserva que V. S.?

El Sr. NOCEDAL: Dije al empezar mi discurso, que si en la improvisación se me escapase alguna palabra mal sonante, antes que nadie lo reclamase yo la retiraba. A mí no me recuerda la conciencia de haber dicho nada ofensivo; pero aquella que lo sea, ó que pueda parecerlo en concepto del señor presidente, no tengo necesidad de decirlo, esa palabra queda retirada.

El Sr. PRESIDENTE: Muy bien, Sr. Nocedal. Continúe V. S.

El Sr. NOCEDAL: Decía, señores, que en mi opinión Europa ha hecho mal en consentir impasible y silenciosa los acontecimientos de Italia; decía, señores, que en mi opinión Europa no tardará en sufrir el castigo de haber mirado impasible y silenciosa los acontecimientos de Italia; decía, señores, que en otros tiempos que se llaman ahora ignorantes, á despecho del absurdo principio de la no intervención, se habrían ya levantado 100 ó 200.000 cristianos voluntarios para ir á la defensa de los polacos contra la ferocidad de los rusos, y á la del Padre Santo contra los ataques de los que se han apoderado de sus antiguos Estados, actos que yo no recuerdo que se hayan verificado en Europa ni en el mundo, desde la irrupción de los bárbaros. Actos como esos han de traer sobre Europa un castigo, justo, providencial, que en mi concepto no se hará esperar mucho tiempo, porque no se ha esperado mucho tiempo la sanción moral de la justicia sobre las trasgresiones de las leyes divinas y humanas.

Porque ¿cuál es la causa, señores, de que todo el mundo contemple impasible y en silencio aquello contra lo cual protesta? ¿El reconocimiento de Italia? Porque á todo esto hay que advertir que se trata de una cuestión en que apenas hay derecho, y no aludo al Sr. Presidente, para llamar á nadie al orden en ninguna parte: ¿por qué? Porque los mismos que lo han reconocido tienen que decir, aunque sean católicos como los rusos, ó protestantes como los prusianos, tienen que decir cuenta, que no reconozco el camino por el que hemos venido á este suceso. ¿Cuál es la razón porque que no reconozco la Europa ha consentido, en mi concepto obrando mal, los acontecimientos de Italia? ¿Cuál? Los intereses materiales. ¿Cuál? Las exigencias de la civilización moderna. ¿Cuál? La necesidad de que no pierdan interés los negocios bursátiles, que es lo mismo que posponer los intereses morales, sin los cuales ni el hombre ni la sociedad pueden vivir mucho tiempo.

Además se ha dicho también que el reconocimiento de Italia tiene el mal de que no se ha hecho en tiempo oportuno, ni con las respectivas protestas.

Señores diputados: para nosotros no hay protesta ninguna, no hay modo ninguno de reconocer el reino de Italia: para nosotros no hay ninguna expresión que sea oportuna, ni modo ni fórmula que sea conveniente para hacer ó haber hecho este reconocimiento hasta que no nos lo mande por un acto espontáneo, en virtud de su libérrima voluntad, el legítimo poseedor de todos los Estados Pontificios, que es el Soberano Pontífice, lo cual creo, sin echarla de profeta, que no lo ha de mandar nunca. Pero, en fin, el día que él hable, el día que lo reconozca, ese día los católicos bajaremos humildemente la cabeza y diremos que está bien reconocido.

Esta fórmula no es nueva; esta es la misma fórmula de que me valí hace tres años siendo miembro de la comisión del mensaje, y que conmigo votaron muchos ilustres individuos de aquella Cámara, algunos de los cuales veo con gusto sentados entre nosotros; esta fórmula es la misma que al terminar la pasada legislatura tuvimos el honor de discutir en una proposición que no llegó á votarse. No, no hay oportunidad ni forma en que pueda hacerse el reconocimiento del reino de Italia hasta que le tenga reconocido Su Santidad por un acto espontáneo de su soberanía.

¿Qué significa hacer el reconocimiento con algunas protestas? Significa, señores, que la propia conciencia acusa: significa que se hace una cosa á sabiendas de que es mala y que no se debe hacer, y lo que no se debe hacer no puede hacerse. También se ha dicho, y no por el señor ministro de Estado, sino por los que le han dirigido cargos á propósito de este asunto, que ha querido sacar partido del tratado de 15 de Setiembre. ¿Qué es el tratado de 15 de Setiembre? El tratado de 15 de Setiembre es un convenio hecho entre dos potencias sobre una cosa que á ninguna de las dos pertenece; es un tratado hecho por dos Gobiernos, disponiendo de la propiedad y de la soberanía de unos Estados que no son ni del uno ni del otro de ambos Gobiernos contratantes. ¿Os parece que esto puede pasar por bueno á los ojos del derecho y de la razón?

Pues todavía eso es poco. El tratado de 15 de Setiembre tiene otro inconveniente; tiene el gravísimo inconveniente, subsidiario, pero no menos grave, de que no estén conformes en su interpretación una y otra parte contratante. ¿Es favorable al derecho de la Iglesia católica la intervención francesa? Es completamente desfavorable, diametralmente opuesto á los derechos de la Santa Sede, y aunque prescindiendo de la inteligencia no completamente acorde entre una y otra parte contratante, basta ver lo que han dicho los señores Nigra y Pépeli para formar juicio acerca de ese tratado.

Decía Nigra que la convención no era óbáculo al triunfo de las aspiraciones nacionales. Y Pépeli decía que el tratado rompía los últimos eslabones que unían á Francia con los enemigos de Italia.

Es menester que digamos con toda sinceridad que hay verdad en estas palabras de Pépeli; que estas palabras son completamente exactas. Es cierto: lo que ha hecho la Francia con ese tratado de 15 de Setiembre es romper los últimos eslabones que unían al Gobierno francés con todos los enemigos del reino de Italia en lo relativo al poder temporal del Papa. ¿Por qué? Porque el tratado suponía indudablemente lo siguiente: Por el tratado sólo tenían derecho á tratar: primero, la Francia; segundo, la Italia. ¿Y Roma? ¿Y las demás Potencias católicas? Roma se dejaba á un lado. ¿Por qué? Porque en su nombre negociaba Italia. Luego Italia tiene derecho á ser reconocida. ¿Y las demás Potencias católicas? A un lado también. ¿Por qué? Porque en su nombre negociaba Francia. ¿Y quién le ha dado á la Francia y al Gobierno francés la representación de Europa? ¿Cómo pueden contratar á nombre del Catolicismo la Italia y la Francia, dejando á un lado la primera al Papa, y la segunda á todo el Catolicismo? ¿Cómo? ¡El Catolicismo representado por Víctor Manuel! ¿Cómo! ¡Mi patria echada á un lado! Los 200 millones de católicos no se tienen en cuenta para nada! ¿Cómo! ¡El Rey Víctor Manuel y el Emperador de los franceses han de representar solos al Papa y al Catolicismo! Esto no puede ser, y esto se opone: primero, á la verdad; segundo, á la dignidad de la Iglesia; y tercero, al interés moral de los católicos.

No es esta la hora, á propósito del tratado de 15 de Setiembre, en que mi querido amigo el Sr. Mena y Zorrilla se levante á decir: «yo también soy ciudadano romano? ¿No es esta la hora en que el Sr. Mena y Zorrilla, mi querido amigo, se levante á decir, como decía en el período de los cinco años de Unión liberal, no sé en cuál de los cinco, sobre Roma todos tenemos igual derecho: todos los católicos miramos como cosa propia el territorio de la Santa Sede? Pero se ha dicho: «es que no se trata más que de reanudar relaciones diplomáticas». Hé aquí un sofisma indigno del claro talento del señor vizeconde del Pontón; y el sofisma, señores, no es como decía días pasados el señor ministro de la Gobernación, un argumento que no tiene contestación, sino que al contrario es un argumento que se contesta desahuciándolo.

«Reanudar las relaciones diplomáticas.» ¿Con quién se reanudan las relaciones diplomáticas? Con una Potencia con la cual se han interrumpido. Aunque cambie de forma de Gobierno, aunque cambie de dinastía, se reanudan cuando están interrumpidas hace algún tiempo.

Pues entonces ¿cómo dice el señor vizeconde del Pontón que sólo se trata de reanudar relaciones diplomáticas? ¿Reanudar relaciones diplomáticas con un reino que nunca existió! Para resucitar un muerto es preciso que el muerto haya vivido; para reanudar relaciones es menester que esas relaciones hayan estado antes anudadas, pero si no han existido antes, ¿cómo se han de reanudar? Hubiera podido reanudarse relaciones con el vecino reino de Cerdeña; ¿se contentaría con esto el Rey Víctor Manuel? Pues á lo demás no puede llamarse en buena lógica reanudar relaciones diplomáticas. Quedan pues en pie todas las razones que contra el reconocimiento de Italia dió hace cuatro años el señor vizeconde del Pontón.

Yo no puedo negar, no negaré nunca, porque disiento con buena fe, ó lo procuro al menos; yo no puedo negar que había una cosa que hacer menos mala, entiéndase bien, menos mala, que lo que se ha hecho, y es la que proponía nuestro embajador en París, Sr. Mon, clara y terminantemente en el despacho que dirigía al ministro de Estado al mismo tiempo que le remitía su renuncia de la embajada. En este despacho de 12 de Junio de 1865 se decía:

«Creí que, para conseguir este último y principal objeto, las primeras negociaciones se entablarían con Su Santidad.»

Tenia muchísima razón nuestro embajador en París; yo me habría siempre opuesto á que fuésemos á molestar el ánimo del Soberano Pontífice rogándole que reconociese ó nos autorizase á reconocer el reino de Italia; pero comprendo desde luego que esto era menos malo que lo que se ha hecho. Menos malo era recurrir al dueño legítimo de lo que se ha despojado; pero ¿quién se le ocurre ir á tratar con los que le han despojado ó con los que se han hecho cómplices de esos despojos? ¿Cómo se había de ocurrir eso si no estuviera en el secreto de nuestro ministro de Estado? ¿Cómo se había de ocurrir eso á nuestro embajador en Francia, que tiene en esto una opinión muy conocida desde que tuvo la bondad de adherirse á la mia hace tres años cuando yo sostenía esto mismo que hoy sostengo en el voto particular á que he aludido? Yo felicito muy cordialmente á mi amigo el Sr. Mon por la conducta que hace tres años viene observando en este negocio. El señor Mon, combatiendo gran parte de mi voto particular hace tres años, se adhirió plenamente á mis opiniones en lo relativo á la Santa Sede. El Sr. Mon, como embajador de S. M. C. en París, ha observado una conducta tal, que si no es completamente la que yo hubiera seguido, merece mi aprobación, porque al menos es infinitamente superior á la que ha observado el Gobierno.

Decía yo antes que para no adherirse al convenio de Setiembre era bastante razón y motivo poderoso saber como sabemos todos que se ha formado entre dos que no eran dueños ni tenían la representación de sus legítimos dueños. Pero no es esto sólo, sino que una de las partes contratantes, la Italia, interpreta este tratado de una manera poco satisfactoria á los intereses del Catolicismo, á la santa causa y derechos legítimos de la Santa Sede. Todavía la interpretación que le da la Francia no me satisface á mí ni á ningún católico por completo. Esto vamos á verlo tal como aparece en el despacho del Señor Mon, único documento que yo conozco, pero que tengo por interpretación verdadera, genuina y auténtica de los deseos y aspiraciones del Gobierno francés, y supongo que así lo cree también el Gobierno español, puesto que lo ha impreso y publicado. Dice así el despacho del Sr. Mon de 25 de Enero de 1865:

«Me contestó que si, y de consiguiente, se ha establecido como punto de partida que dentro de dos años evacuarán los franceses á Roma, exigiendo al reino de Italia la traslación de la capital ó punto elegido por los italianos, y que esta traslación no será accidental, sino definitiva. Que de ninguna manera los italianos atacarían ni inquietarían al Papa en su posesión de Roma, ni consentirían tampoco que otros lo hagan. Que si dentro de Roma hubiese un partido revolucionario que atentase á la autoridad del Papa, ó si impediera ejercerla, entonces la Francia se reservaba su derecho de acción, lo mismo que se le había reservado el reino de Italia.»

«Habiendo yo advertido al señor ministro de Negocios extranjeros que en este plazo de dos años las Potencias católicas podían hacer alguna gestión para ponerse de acuerdo á fin de impedir los acontecimientos que pudieran sobrevenir al cumplirse este plazo, y á fin de garantizar con más seguridad el poder y la autoridad del Papa, sin dejarla expuesta á las contingencias del porvenir; y preguntándole cuál sería su opinión sobre estas gestiones, me contestó evadiendo la respuesta, bajo el pretexto de que mucho pudiera influir en su resolución la actitud que tomase el Santo Padre en sus relaciones con las Potencias católicas. Juzga el ministro que, si el Padre Santo había de repetir las manifestaciones que se desprenden de la Enciclica que acaba de publicarse, y que en su opinión puede comprometer ó incomodar al Gobierno francés, que en este caso sería poco conveniente hacer grandes esfuerzos para resolver en cierto sentido la cuestión que hoy se refiere á Su Santidad.»

«Puede ser esto satisfactorio para los Estados católicos? El Sr. Mon apura al ministro de relaciones extranjeras con sus reiteradas preguntas, lo insta una y otra vez, y viene á contestar el ministro de Relaciones exteriores de Francia poco más ó menos lo siguiente: «si el Papa cumple con su obligación de Pontífice Romano dando encíclicas desde la cátedra del Espíritu Santo, encíclicas que no puede menos de dar en uso de un derecho evidente, inconcuso, sagrado y divino como Vicario de Cristo, la Francia no tiene interés alguno en apoyarle.» Pues yo digo que ningún católico puede adherirse de ese modo á la Francia. Guardese la Francia para sí el triste privilegio de apoyar ó no apoyar el dominio de la Santa Sede, según la Santa Sede dé encíclicas que más ó menos incomoden ó molesten al Gobierno francés con eso, porque cuando el Padre Santo habla como tal, no tiene más que hacer como toda la nación española que bajar humildemente su cabeza, doblar reverentemente la rodilla, y oír como venía de lo alto la voz del Vicario de Jesucristo.

«Si al contrario el Padre Santo (añade el señor Mon refiriéndose al ministro de Relaciones exteriores), se convence de la necesidad de ponerse más en armonía con las necesidades de los

tiempos modernos y con la organización política que hoy rige en la mayor parte de las naciones, entonces sería más fácil vencer las dificultades que pueden oponerse á una solución más conveniente á los intereses católicos.»

«Ah, señores! Según el Gobierno francés, una solución más conveniente á los intereses católicos requiere que el Padre Santo establezca en sus Estados, ¿qué? Sin duda la libertad de imprenta. ¿Qué? Sin duda el parlamentarismo: sin duda el puñal de Rossi, que es lo que ha encontrado el Sumo Pontífice cuando ha querido ser benévolo con sus súbditos.»

Fuera de que (y en esto ya no me hago cargo de una opinión del Gobierno francés, sino por desgracia del ministro de Estado español en el despacho de instrucciones á nuestro embajador en Roma Sr. Istúriz), fuera de que este consejo dado á Su Santidad de que haga las convenientes reformas en sus Estados, no se le puede dar no se le debe dar al romano Pontífice, porque sus Estados están perfectamente gobernados, admirablemente administrados. ¡Ojalá estuvieran así administrados y gobernados los Estados de S. M. la Reina Católica! Esta es mi opinión á lo mero.

Porque es preciso que digamos toda la verdad. ¿Qué significa aconsejar al Padre Santo que haga reformas en sus Estados? Significa decir á sus súbditos que tienen razón para estar descontentos, y como en los tiempos que corren y según la civilización moderna, los pueblos que están descontentos de su Gobierno tienen derecho para levantarse contra él, el despacho diplomático que se ha impreso, que se ha repartido por todas partes, que ha penetrado en todas las casas, viene á decir que los súbditos del Padre Santo están mal gobernados, y que tienen derecho según los principios que admite la civilización moderna á levantarse contra el Soberano Pontífice que los gobierna legítimamente.

A eso se reduce el consejo que la Europa da al Soberano Pontífice, y que ha sido seguido, sin reparar bien lo que ha hecho, por el señor ministro de Estado del Gobierno español. Y si no, decid en voz alta á nombre de los Monarcas de Europa que es necesario que el Padre Santo haga reformas en sus Estados, y vereis que pronto acuden las sociedades secretas y dicen á los súbditos del Papa: estáis mal gobernados: la Europa católica os lo dice; la Europa católica dice al Padre Santo, que es vuestro Soberano temporal, que reforme su administración, y de esta manera viene á confesar implícitamente y aun explícitamente que estáis mal gobernados: levantaos contra vuestro jefe temporal, contra vuestro Soberano legítimo: oíd la voz de la Europa que os dice que vuestra administración necesita reformas, y pues que no os las dan, buscáoslas como las ha buscado la Francia, buscáoslas como las ha buscado la España, buscáoslas como las ha buscado la Europa, valiéndose de las armas que ha traído consigo la civilización moderna. Decid eso en alta voz á nombre de las Potencias europeas, y vereis á qué viene á quedar reducida la sumisión y obediencia de los súbditos del Soberano Pontífice por virtud de esa especie de amalgama involuntaria, pero positiva, de las sociedades secretas y de los Gobiernos católicos de Europa.

Pero vamos á examinar ligeramente las razones que ha tenido el Gobierno español para hacer el reconocimiento del reino de Italia. La primera razón que se da, es la de que así lo exigen los intereses y los sentimientos permanentes de la nación española. En primer lugar, yo debo preguntar al redactor de este párrafo, sea quien fuere, y lo digo con más libertad porque ignoro quién es, si se ha dado una vuelta por el *Diccionario de la lengua*, para saber lo que significa la palabra sentimientos: porque á la verdad, sentimientos permanentes, es una locución que no suena bien, que no hace juego.

Pero, en fin, aunque nos encontramos con estos sentimientos permanentes, frase que no hace juego, por no haberse dado una vuelta por el *Diccionario* antes de consignarla en el párrafo, y aunque hubiera sido bueno decir lo que se quiere dar á entender con esto, como yo ya sé lo que se quiere decir, voy á hacermelo cargo de ello. La comisión ha tenido el buen acuerdo de borrar la palabra sentimientos que era impertinente, y ha dejado simplemente intereses permanentes, aludiendo sin duda á los intereses morales y materiales.

¿Conque los intereses morales y materiales que el Gobierno ha llamado sentimientos permanentes de España exigen el reconocimiento del reino de Italia? ¿Cómo? ¿Conque nuestras tradiciones, conque nuestra historia, conque las razones que sobre el particular tenían, no nuestros abuelos, sino nuestros padres, lo que se sostenía en la guerra de la Independencia, [qué digo en la guerra de la Independencia! lo que se sostenía en las Cortes de Cádiz por aquellos extraviados liberales, exigía el reconocimiento del reino de Italia? Sobre esto no tengo yo que dar la prueba; el que tiene que traer la prueba es el Gobierno que lo ha dicho; el que tiene la osadía, y empleo esta palabra en el buen sentido, de decir á la cara de los españoles y á la faz de la Europa, que se quedará asombrada, que los intereses permanentes de España exigen el reconocimiento del reino de Italia.

El que dice esa herejía histórica, es menester que traiga la prueba, porque choca con lo que hemos aprendido siendo niños en las escuelas; con lo que nos han enseñado siendo mayores en las aulas; con lo que hemos leído después en los libros en nuestras casas y con lo que toda la Europa cree y piensa de nosotros hasta para censurarnos. Los sentimientos permanentes, como vosotros decís, los intereses morales y permanentes de España, como dice la comisión, la historia, las tradiciones y la proverbial honradez de España, como yo digo, lo que exigen á voz en cuello es que no se reconociera ese reino hasta que lo hubiera reconocido Su Santidad; porque lo que exigen á voz en cuello todos los antecedentes de España, es que España sea el paladín constante y acérrimo del Catolicismo y de la Santa Sede; lo que exigen es que abrazada España á la causa de la Iglesia, viva con ella feliz en sus buenos tiempos y sufra con ella en los tiempos de desgracia y persecuciones. Así y no de otra manera es como España asegurará su grandeza en lo porvenir. Y con esto contesto á las palabras dichas en el Congreso y el Senado por mi amigo particular el señor ministro de Ultramar y aya repetido por el señor ministro de Hacienda. ¡Ah! es cierto, yo no lo niego; puede ser en algunos momentos en el movimiento político de la Europa, puede ser que nuestra unidad católica, que nuestro empeño constante y pertinaz en conservar la fe religiosa de nuestros mayores, nos haga dudar ante la Europa materializada, escéptica y esclavizada por el becerro de oro.

Es muy posible, yo no lo niego: lo que hago es decir: y eso ¿qué importa? Pero luego añado: ¿no os dice vuestro recto juicio que ese sería un eclipse pasajero, y que ese eclipse pasajero pasaría como las nubes de verano? Pues el día en que ese eclipse haya pasado por encima de la hoy en mi opinión degradada Europa, ese día se levantará España fuerte, poderosa, grande, moralmente grande, que es como deben ser las naciones, porque habrá sabido conservar incólume su fe, firmes sus creencias, dispuesto siempre su brazo á defender el derecho y la justicia, representados en la Iglesia católica. En eso consiste, en eso estriba la futura grandeza de España, si es que estriba en algo.

Desconocer esto es desconocer el porvenir que

